

# El Filósofo de los Andes

Por RUBEN VARGAS UGARTE S. J.

Allá por el año de 1813 aparecieron en *El Verdadero Peruano* unas meditaciones un tanto poéticas sobre las conmociones que a partir del año 1810 venían agitando a la América y cuyo estilo y frecuentes citas de autores latinos delataban a su autor como un consumado humanista. Eralo en efecto, el Arzobispo de Charcas, D. Benito María de Moxó y Francolí, quien desde su retiro de Cochabamba, adonde había acudido por insinuación de Pezuela era actor y testigo de aquellos sucesos y más tarde hubo de ser su víctima.

Nacido en Cervera, de noble familia, había ingresado joven aún en la Orden de San Benito pero luciendo ya en su pecho la insignia de Doctor en Filosofía por aquella Universidad. Recibió la formación monástica y completó sus estudios en el célebre monasterio de San Cugat del Vallés y tantos progresos hizo en las letras humanas y tanta disposición mostró para ellas que se resolvió enviarlo a Roma, en donde permaneció cuatro años. Allí se puso en contacto con los restos de la antigüedad pagana que nos hablan tan alto de la cultura del pueblo que alcanzó a dominar todo el mundo conocido pero, sobre todo, entabló relación con algunos aventajados humanistas españoles, como el P. Pou y otros jesuitas insignes que empleaban los ocios del destierro en el estudio de los clásicos. Su roce con las reliquias de la antigüedad despertaron su afición por la arqueología y su trato con los que entonces descollaban en el campo de las letras, afinaron su buen gusto y le aficionaron al arte literario. Como se desprende de sus escritos y aun del catálogo mismo de su Biblioteca le eran familiares muchos autores extranjeros, aun heterodoxos y por todo ello se vé que era hombre de su tiempo y que estimaba a los sabios, cualquiera que fuese su procedencia y su sentir personal. El mismo nos dirá en sus *Cartas Mexicanas*: "He apreciado siempre a todos los hombres verdaderamente sabios, aunque en materias de religión no pensasen como yo" (1).

No vamos a extendernos en tejer su biografía, tarea que ya hemos llevado a cabo en un largo estudio que le dedicamos y figura con el N<sup>o</sup> LVI entre las *Publicaciones* del Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (2). Aquí sólo vamos a ocuparnos del mismo, en sus relaciones con

(1). *Cartas Mejicanas*. Génova, 1837. Carta XIV. p. 132.

(2). Buenos Aires. 1931. Don Benito María de Moxó y de Francolí, Arzobispo de Charcas. 79 y LVI p. más 2 de Índice.

el Perú y, especialmente, como autor de las *Cartas Peruanas* y de estas meditaciones o *Noches*, como él las institula, que aparecieron en el ya citado periódico limeño.

Moxó, nombrado Obispo titular de Asura y Auxiliar de Michoacán, vino a América en 1803 y permaneció en México poco más de un año. Este tiempo le bastó para darse cuenta de la gran riqueza arqueológica de los monumentos precortesianos y, fuera de reunir un pequeño museo, tomó notas y consultó a los entendidos en la materia, utilizando luego estos materiales en sus *Cartas Mexicanas* y en su *Viaje a Veracruz*, obras entrambas que remitió a España para que se publicaran y que él no alcanzó a ver impresas, habiendo permanecido inédita hasta hoy la segunda (3).

Su espíritu despierto no podía contentarse como los demás con dar pábulo a sus ojos ante el espectáculo que se ofrecía a su vista, sino que ansiaba conocer el origen de todas las grandes construcciones de la antigüedad americana y las ideas y costumbres de los pueblos que las llevaron a cabo. Esto hizo en México y las observaciones que dejó estampadas en sus *Cartas* todavía se leen con utilidad y nos descubren la finura de su talento. Trasladado a la sede arzobispal de Charcas hubo de abandonar la Nueva España y el 21 de Diciembre de 1805 se embarcaba en Acapulco en el navío *Nuestra Señora de Guadalupe* que había de conducirlo al Perú. El 2 de febrero de 1806 tomó tierra en Guayaquil y ocho días más tarde llegaba a Tumbes, de donde se dirigió a Piura. Hizo todo el recorrido de nuestra costa, desde esta ciudad hasta Lima y pudo apreciar en su largo viaje algunos de los monumentos del antiguo Perú, como Chanchán y Paramonga, sobre los cuales se propuso escribir, como lo había hecho con los de México.

Su viaje fué hasta cierto punto feliz, pero, debido a la guerra con Inglaterra, el mar del Sur estaba infestado de buques ingleses piratas y la navegación se hacía por este concepto peligrosa. Parece que tanto en el surgidero de Manta como a la entrada del golfo de Guayaquil, en la proximidad de la isla del Muerto, estuvo su barco a punto de caer en manos de los filibusteros pero una providencia especial lo libró de este trance y alcanzó a llegar incólume a las playas tumbecinas. Tal vez, por este motivo, se decidió a venir por tierra hasta la capital del Virreinato, pero, amante como era de la naturaleza y deseoso de conocer por sí mismo la región, se avino con gusto a recorrer la larga distancia que media entre Piura y Lima, atravesando sus valles y cruzando los fatigosos arenales de la costa.

A Lima llegó el 6 de mayo y he aquí cómo *La Minerva Peruana* (Nº 18. 14 de mayo de 1806) anunciaba su arribo: "El 6 de este mes, por la tarde, entró en esta ciudad el Illmo. Sr. D. Fray Benito Moxó y

(3). Fuera de su *Viaje de Veracruz*, otras obras suyas quedaron inéditas. En el catálogo que redactamos de ellas, aparecen hasta 26 piezas manuscritas que se conservan. Algunas se han perdido. V. la obra antes citada.

Francolí, Arzobispo electo de Charcas. Ha sido recibido con demostraciones de alegría y las personas más distinguidas de la capital le han cumplimentado, dándole con esta ocasión señalada prueba de su atención y respeto. Parece que su Illma. permanecerá en esta ciudad dos o tres meses y después continuará su viaje, dirigiéndose a la ciudad de La Plata, lugar de su destino". no fueron dos o tres meses sino seis los que se detuvo en Lima, tanto para descansar de las fatigas de su largo viaje como para poner en orden los apuntamientos de tres de sus obras, cuyos manuscritos remitió desde esta ciudad al Príncipe de la Paz, D. Manuel Godoy, a fin de que se imprimieran en la Corte (4). Dichas obras eran, las *Cartas Mejicanas*, el Suplemento y la *Relación de su Viaje a Veracruz*. Para nosotros tiene especial interés la segunda, que en realidad no había de ser obra distinta de la primera, Sin embargo, muchos escritores han juzgado que las *Cartas Peruanas* eran obra aparte de las *Mejicanas*. El Suplemento a estas últimas constituye las denominadas *Cartas Peruanas*, las cuales no reciben este nombre por razón del asunto sino porque el autor las redactó hallándose ya en el Perú.

El *Suplemento* contiene cinco Disertaciones o cartas, de las cuales son las más notables, a nuestro juicio, la primera y la última. Aquella tiene por título: "Reflexiones sobre un Plan de Estudios formado en 1805 de orden superior para el Real Colegio de San Pedro, San Pablo y San Ildefonso de la ciudad de México". La segunda se denomina: "Disertación sobre la Música. Entre los griegos era una parte muy considerable de la educación. Dos observaciones acerca de la música de los indios".

En ambas se hallarán referencias al Perú y aun cuando la primera se redactó en el viaje a Lima, se advierte que aun antes de haber pisado nuestras playas, estaba Moxó bien enterado de lo que ocurría en esta ciudad. Sus *Reflexiones sobre el Plan de Estudios*, las escribió a ruegos del Regente de la Real Audiencia de México, D. Cosme de Mier y forma parte de los estudios que por entonces se llevaron a cabo con idéntico fin, esto es, la reforma de la enseñanza universitaria. En este trabajo se pueden apreciar las cualidades del Arzobispo de Charcas: amplitud de criterio, sólida erudición y conocimiento práctico de las necesidades de los centros de estudios superiores. Informado de lo que en Lima se había hecho al mismo intento, hace con sobriedad el elogio de la obra de D. Toribio Rodríguez de Mendoza. He aquí cómo se expresa: "El Colegio o Convictorio Carolino es, sin duda, uno de los establecimientos literarios de que Lima con más razón puede glorificarse. Sus constituciones están extendidas sobre un plan ideado con bastante felicidad y no son pocos los jóvenes peruanos que, al salir de aquel respetable asilo, se han manifestado a la luz del mundo llenos de todos aquellos apreciables conocimientos que hacen al hombre verdaderamente sa-

(4). Moxó dió orden a su agente en Madrid, D. Miguel de Nájera, para que se imprimieran a su costa. Ignoramos porqué razones no se cumplió su encargo.

bio tan útil a la sociedad. En este colegio, pues, se había por los de 1791, empezado a cultivar la buena filosofía. Los destellos luminosos de la moderna estática, de la hidráulica, de la mecánica, de la botánica, de la astronomía y de la química habían penetrado finalmente en sus escuelas e iban ahuyentando poco a poco las negras sombras de los antiguos sueños y cavilaciones del peripato. Con todo eso la obra de los físicos de Aristóteles continuaban a servir de texto a las lecciones que, según estilo, se dicen en las oposiciones y grados de filosofía.

Era ciertamente una especie de pantomima el que tantos newtonianos, cartesianos o eclécticos, después de haber blasfemado de Aristóteles a todo su placer desde el banco, subiesen a elogiarlo y exponerlo con afectada adulación en la cátedra. Pero por ridícula que fuese esta práctica no dejaba de sostenerse con el mayor tesón, logrando los manes del Príncipe del Liceo este deslucido y estéril triunfo entre las innumerables y trágicas derrotas que había sufrido en Europa. Y era esto en tal manera que, dirigiendo el D. D. Toribio Rodríguez de Mendoza, Rector del mencionado Colegio Carolino, una representación muy docta y juiciosa al Superior Gobierno, para indemnizar a sus alumnos de tomar papel en tan extravagante escena, después de haber discurrido sobre este punto con suma claridad, solidez y energía, confiesa ingenuamente que el acatamiento y deferencia que debía a *muchas canas respetables*, le hubieran obligado a abandonar su proyecto y dejar sepultado su escrito en el olvido y silencio, si el ilustrado señor Ministro, protector del expresado convictorio, D. Ambrosio Cerdán, no le hubiese reanimado y esforzado. . . .”

En la segunda se hace más visible su conocimiento del país. Refiriéndose a la innata propensión de los indios hacia el arte musical, dice: “En la América Meridional, después de haber saltado en tierra en la ensenada de Tumbes, tan famosa en todo el mundo por el desembarco de Pizarro y sus compañeros, he seguido por espacio de casi 300 leguas el camino de Lima, apartándome unas veces más y otras menos de las riberas del mar, atravesando en distintos lugares la suntuosísima calzada de los antiguos Incas y viendo infinitos escombros de grandes palacios, de inmensas ciudades, de empinadas y muy capaces fortalezas y de infinitas acequias que serpenteaban al través de unos campos antes en extremo fecundos con el riego continuo del agua y ahora cubiertos enteramente de estériles arenas. He tenido además la proporción de comparar la corte de México con la de Lima y las ciudades de Veracruz y Puebla, con las de Guayaquil, Piura y Trujillo. En todas partes he notado usos, trajes y costumbres muy diversas, pero en ninguna he hallado la menor diferencia en lo que respecta a la genial inclinación de los indios por la música”.

Es cosa sabida que un sobrino del Arzobispo, D. Luis María de Moxó y de López, incurrió en el delito de plagiar los escritos de su tío, dando a luz en Barcelona, bajo el título de *Entretenimientos de un pri-*

sionero en las Provincias del Río de la Plata, por el Barón de Juras Reales, siendo Fiscal de S. M. en el Reino de Chile. (1828. 2 vols. en 4º), las Disertaciones que con el nombre de su verdadero autor figuran en la edición de las *Cartas Mejicanas*, hechas en Génova, en 1837 por Fr. Andrés Herrero O. M. De las catorce que registran los *Entretenimientos*, las nueve primeras son las mismas y aun con el mismo título, por lo general, que aparecen en el tomo de las *Cartas*, aun cuando en distinto orden. Las cinco restantes que incluyó D. Luis Moxó y no aparecen en las *Cartas* ostentan todo el sello de su autor y no hace completamente inverosímil la injusta apropiación hecha por el Barón de Juras Reales. Así se completa la labor de Moxó y se puede formar concepto de su vasta erudición y del interés con que había leído a cuantos autores trataban de América por entonces (5).

En Lima, como es natural, entró en relación con los hombres dedicados al estudio y uno de los primeros con quien trabó amistad fué D. Hipólito Unanue. Este debió convidarle a pasar unos días en el fundo "Arona" en el valle de Cañete y allá se dirigió el Arzobispo, a mediados de setiembre. El 20 de dicho mes se celebró la inauguración de la hermosa Capilla de la hacienda y Moxó, que tuvo parte principal en el acto, dejó como recuerdo de su estancia la concesión de indulgencias a los que visitasen la capilla y orasen ante la imágen de la Purísima que se venera en el retablo principal. Todavía se conserva el recuerdo del afable y sonriente Prelado, pues a una de las habitaciones de la casa se le ha dado el nombre de *el cuarto del Arzobispo*.

También le correspondió bendecir la devota y aseada capilla de la fortaleza del Real Felipe del Callao, el 24 de mayo, y como un recuerdo de su visita a aquel lugar histórico concedió diversas indulgencias a los que en su recinto implorasen el auxilio del cielo. En unas notas escritas de su mano que tuvimos la fortuna de hallar en la Biblioteca de la Sociedad Geográfica de Sucre y que, desgraciadamente, están incompletas, encontramos la siguiente anotación: "Al salir del Castillo a fin de visitar las fortificaciones y baterías que completan el sistema de defensa, pude ver por los campos muchos huesos insepultos de las víctimas del terremoto del año 1746 y mi corazón no pudo menos de conmovirse ante aquel espectáculo, por lo cual concedí 80 días de indulgencia a cuantos cooperasen en la obra de dar sepultura a aquellos restos".

En setiembre abandona la ciudad virreinal y emprende el camino hacia su sede. Podemos a favor de esas notas seguir el itinerario de su viaje, por lo menos en parte. Moxó tomaba rápidos apuntes en los momentos de descanso y, sin duda, pensaba servirse de ellos para escribir

(5). La obra del Barón de Juras Reales, apareció en Barcelona en 1828 y su pretendido autor la dedicó al Ministro D. Francisco Tadeo Calomarde. La edición es excelente y la enriquecen láminas en acero y viñetas y encabezamientos finamente grabados. Es muy posible que algunas de las notas sean del sobrino de Moxó, pero el texto ciertamente no le pertenece.

más tarde una relación del mismo, como lo había hecho del *Viaje a Veracruz*. Los inicia en México, al dejar aquella metrópoli el 4 de diciembre de 1805, pero, como ya hemos indicado, lo que de ellos ha quedado no son sino fragmentos. En uno de éstos, vemos que el 21 (de setiembre) se encontraba en Cañete, donde se recibió la fausta noticia de la reconquista de Buenos Aires por D. Santiago Liniers. Moxó no deja de manifestar su regocijo y luego alaba la magnificencia de la casa de campo que le sirve de morada y más todavía la excelente capilla de música que, dice, envidiarían no pocas catedrales. Aunque no cita nombres sospechamos que se refiere a la hacienda Arona.

De aquí pasó a Caucato, en donde, dice, viven como unos 600 negros esclavos dedicados a las faenas del campo. Existe allí también un pequeño fuerte, pero mal construido y en el cual se guardan hasta ocho cañones, dos de los cuales son de 24. El 23 pasaron a Villacuri. Moxó no puede menos de evocar los desiertos de Arabia, al contemplar los bosquecillos de palmeras. Recibe hospedaje en una modesta casa, cuyo dueño ha instalado en ella una fábrica de jabón. La cal y la ceniza son del lugar, pero el sebo viene en gran parte de Chile. El propietario le manifiesta que el beneficio anual no baja de 1,500 pesos. El día 24 hace su entrada en la ciudad de Ica. Le dá a la población unas 12,000 almas, número bastante exacto. Apunta la riqueza del valle, en el cual se cogen abundantes cosechas de algodón, maíz, garbanzo, pallar y se producen exquisitos vinos. Entre los vecinos no faltan familias nobles y de recursos. El lujo que despliegan le parece al Arzobispo excesivo: cree y no sin razón que hay mucho de quijotismo en ese derroche de galas. De los templos el mejor, a su juicio y no andaba equivocado, es el de la Merced, en otro tiempo de los jesuítas y hoy convertido en Catedral. Entre los lugares de beneficencia cita el Hospicio de Nra. Sra. del Socorro. El 26 pasó a Ocucaje y en el camino atraen su atención los huaringos y la infinidad de tortolillas que alegran el paisaje. El 27, en la noche, montan los caballos, a fin de librarse del calor y a poco de internarse por el desierto se topan con tres salteadores que, ante la comitiva que acompaña al Prelado, no hacen sino alejarse. Dejan a Palpa a la izquierda y pasan por Huayuri, donde reconocen vestigios de huacas y antiguas tumbas y van a hacer noche en San Juan de Changuillo, en una ramada que el Virrey Abascal había mandado hacer. Las 16 leguas que hay desde Ocucaje hasta este lugar las recorren en 16 horas. Entran por fin en el valle de Nazca, cuya fertilidad no omite ponderar y pasan por los caseríos de Cachuachi y de Tunga, deteniéndose aquí el diario.

Después de un año de viaje, el 1º de enero de 1807 hacía su entrada en la vieja Charcas, que se vistió de gala para recibir a su Pastor. Días penosos le esperaban en aquella ciudad, un tanto decaída de su pasado esplendor, como fruto de la baja del vecino mineral de Potosí, pero centro todavía de la vida política de aquella porción del Perú, en mal hora adjudicada al Virreinato de Buenos Aires. Allí el Arzobispo se vió en-

vuelto en las olas de la revolución y aunque siempre observó una actitud digna y nada hizo por donde el uno o el otro bando le pudiera recriminar justamente, con todo, las marejadas y fluctuaciones de los partidos en lucha lo vinieron a sacar de su sede y, al fin, lo condujeron a Salta, en donde vino a extinguirse su preciosa existencia, sin otro consuelo que el de su fiel amigo y capellán, D. Agustín Francisco de Otondo, hijo primogénito del Marqués de Otavi que desde el año 1813 no se había apartado de su lado (6).

En uno de esos momentos de respiro que le concedió la lucha entablada entre los realistas y los patriotas, tomó la pluma para redactar las *Meditaciones* que suscribió con el seudónimo de *El Filósofo de los Andes* y que debió remitir a Lima a un confidente suyo, para que apareciesen en las páginas de *El Verdadero Peruano* (7).

Más que por el fondo estas *Meditaciones* valen por la forma y la belleza literaria que encierran. Moxó deja correr libremente su pluma y son los sentimientos que embargan su corazón, inclinado siempre a la bondad, los que la mueven y la inspiran. Los horrores de la guerra que devastan esas provincias le conmueven y suspira por la paz: no duda por entonces del triunfo de la causa realista, pero considera que la paz no debe imponerse con la espada y que la verdadera libertad no estriba en el cambio de régimen o de forma política sino en la facultad de poder disponer cada cual de su persona y bienes dentro de las leyes sanas y justas. Enemigo de la discordia y amante por temperamento de la vida tranquila y sosegada, era para su ánimo una cruda pesadilla el espectáculo que en los años precedentes había ofrecido la comarca del Alto Perú, invadida sucesivamente por los ejércitos argentinos y convertida en campo de batalla.

Para Moxó la lucha entablada en América entre realistas y patriotas es una lucha civil y, por tanto, fratricida. Sin duda que no le faltaban razones para pensar así y muchos historiadores aun en nuestro tiempo han considerado que la guerra de la independencia fué una verdadera guerra civil. De ahí nace su aversión hacia los promotores del conflicto. Estima que americanos y españoles pueden llegar a un avenimiento ventajoso para todos y, como una prueba de sus ideas liberales, en el buen sentido de esta palabra, espera que la nueva Constitución Política de la Monarquía Española venga a serenar los espíritus y a lograr la ansiada armonía.

Cuando el Arzobispo escribía sus meditaciones, todavía no había llegado al Perú el texto de dicha Constitución, que sólo llegó a promulgarse en la capital del Virreinato en Setiembre del año 1813. Muchos habían también cifrado grandes esperanzas en ella y así no es de ex-

(6). El fallecimiento del Prelado ocurrió el día 11 de abril de 1816, cuando sólo contaba 53 años de edad.

(7). V. los núms. 18 (jueves 21 de enero de 1813), 23, (jueves 25 de febrero), 24, (jueves 4 de marzo), 3 (Tomo 11. mayo) y 15 (jueves 12 agosto).

trañar que Moxó hiciera votos porque los patriotas depusieran las armas y reconocieran a las autoridades españolas. Por otra parte el éxito de la revolución era todavía bastante dudoso, como lo fué años más tarde y más bien se inclinaba la fortuna del lado del bando realista, parecía pues a muchos estéril la lucha y dañosa para el bienestar general.

A todo esto se unía el espectáculo que ofrecía la Península invadida por las tropas francesas y he ahí porqué la Noche Cuarta, escrita en la memorable noche de Navidad, Moxó no puede menos de lamentarse al contemplar el mundo y especialmente su patria convertido en un inmenso campo de batalla. Dotado de un corazón muy sensible tenían que hacer eco en su ánimo todos estos sucesos y, aun cuando a ratos nos parezcan sus frases algo retóricas y declamatorias, conociendo su carácter se desvanece esta suposición.

Muchos entonces y después de él, como Gabriel René Moreno, no supieron aquilatar la valía de este insigne Prelado y nos han dejado de él una pintura imperfecta y maltrecha. La injusta persecución de que fué objeto y le arrancó de en medio de sus ovejas puede decirse que se ensañó en él aun después de muerto, pero otros supieron hacerle justicia y entre ellos merece citarse, por la rareza del caso y por su calidad de extranjero, el oficial sueco Juan Adam Graaner, que dejó anotadas en una obra que tituló: "Ensayo sobre el estado actual de las Provincias Unidas de la América Meridional, con algunas noticias sobre las revueltas en ellas ocurridas desde la extinción del Virreinato en 1810 hasta el mes de noviembre de 1816". frases siguientes: "Toda la Provincia de Salta estaba llena de familias emigradas del Perú y de prisioneros de guerra. El más notable entre estos últimos era el Arzobispo de La Plata, D. Benito María de Moxó y Francoí, del Consejo de Su Magestad y Caballero de la Orden de Carlos III. Este digno Prelado, estimable tanto por sus virtudes como por sus vastos conocimientos y la dulzura de su carácter, poseedor en otro tiempo de una renta anual de 80,000 piastras, vivía entonces en Salta, estrechamente vigilado y casi en la indigencia, sin encontrar otro alivio en su adversidad que el cultivo de las Bellas Artes, la música y la poesía italiana, a las cuales se había dedicado desde la época en que estudiaba en Roma y Florencia. Merecía sin duda alguna una suerte mejor y no desfallecer entre aquellos semibárbaros que nunca pudieron apreciar sus talentos verdaderamente excepcionales. Cayó enfermo tan sólo de espanto, al sobrevenir un levantamiento en la villa, con motivo de la aproximación del ejército de Rondeau que anteriormente había procedido contra él de una manera indigna. Apesar de todas las atenciones y cuidados que se le prodigaron por parte del médico americano Redhead, sujeto muy respetable, murió poco tiempo después de mi arribo a ella, al tercer día de su enfermedad. Sobre su olvidada tumba se leen estos versos del Petrarca, escritos por una mano extranjera:

*Non lo connobe el mondo mentre l'ebbe  
connobi l'io che piangere qui rimasi. (8)*

Por fortuna, una vez apagadas las pasiones de la efervescencia revolucionaria, como vuelve al mar la calma después de la tormenta, no faltó quien se interesase por dar a sus restos una sepultura más digna del encumbrado cargo que desempeñó en vida Moxó. Un sucesor suyo en la sede arzobispal de Charcas, el Illmo. Sr. Puch, hizo trasladar sus cenizas y les dió sepultura en la cripta de la Iglesia del Oratorio de San Felipe Neri de Sucre, uno de los más aseados templos de la ciudad de los cuatro nombres.

Por su sincero espíritu americanista, pues no sólo consideró estas tierras como su segunda patria sino que supo estimar su pasado y lo defendió contra las injustas acusaciones que contra sus habitantes lanzaron las plumas de algunos extranjeros como el alemán Paw, el inglés Robertson y el francés Montesquieu, Moxó es merecedor de nuestra gratitud. A ello debemos agregar que de palabra y obra salió en defensa del indígena y con pastoral solicitud trató de aliviar su suerte, distribuyendo entre ellos, principalmente, más de la tercera parte de sus cuantiosas rentas, sin que como él mismo dijera, le tentara jamás la codicia o el afán de hacer dinero.

## EL FILOSOFO DE LOS ANDES

### NOCHE PRIMERA

*En quo discordia cives  
perduxit miseros.*

Cansado de enojosos negocios y cuidados, me había retirado a esta solitaria aldea, pareciéndome que aquí lograría fácilmente sosegar mi espíritu, y disfrutar sin zozobra de los inocentes y deliciosos placeres, que ofrece esta hermosa vega en la presente estación de aguas. Mas no he podido conseguirlo.

Las tristes imágenes de los destrozos, y ruinas ocasionadas por la pasada revolución me tenían sumamente inquieto cuando vivía en la ciudad, y las mismas no cesan de afligir mi espíritu en este ameno y delicioso asilo.

Ni la compañía de los sencillos labradores, ni los paseos que doy diariamente por esta verde y fresca ribera, han bastado para borrar de mi alma la memoria de infinitos males, que han causado a estas Provincias del Alto Perú, el furor de la discordia y guerra civil. No puedo negar, que cada vez que tiendo la vista sobre esta privilegiada vega, observo que la naturaleza como condolida de mis penas, desarrolla delante de mí unos cuadros en que brilla toda la hermosura, todo el candor y toda la abundancia de la edad de oro; pero también es cierto, que los vivos colores de estas pinturas se cubren al llegar a mis ojos con el pálido y obscuro tinte de mis melancólicos pensamientos. Pondré uno o dos ejemplos.

(8). El autor era Capitán en el Regimiento de Upland y su manuscrito se conserva en la Biblioteca Real de Stokolmo. El texto que conocemos está en francés y le fué proporcionado al Dr. Busaniche por el diplomático sueco Alex Paulin.

Me había conducido maquinalmente ayer por la mañana al espacioso cercado, cuando el sol apenas se asomaba al oriente. Herido de sus primeros rayos el trigo recién nacido, reflejaba un hermoso verde esmeralda. Cada tierna planta se esforzaba a levantarse del suelo para saludar al benéfico astro, que le daba la vida, y presentarle las cristalinas perlas que la aurora había sacudido sobre cada una de sus hojas.

Este espectáculo me tuvo algunas horas embelesado y fuera de mí. Ya iba a entonar un alegre himno al autor de tanta belleza; mas considerando la singular feracidad de aquel terreno, ¡Ay! exclamé de repente; ¿qué campo de esta quebrada no será fecundo, siendo regado con la sangre de tantos Españoles, que segó aquí la vengadora espada, o despedazó el homicida cañón? y luego me sentí oprimido con el peso de un acervo e inexplicable dolor.

Volví a salir por la tarde, no lejos de mi quinta. En la cumbre de los cerros reinaba un viento impetuoso, cuyos espontosos silbidos retumbaban en las escarpadas peñas. Los elevados sauces, los frondosos céibos balanceados por continuos vaivenes, abatían sus copas y agobiaban sus ramas hasta besar el suelo, mientras algunos grupos de nubes esparcidos confusamente por la atmósfera atravesaban todo el largo del bosque con extrema velocidad. No dejó al principio de deleitarme esta magnífica escena; pero se deshizo en breve la ilusión acordándome de aquella oda llena de sensibilidad y de fuego, en que Horacio apostrofaba a la República Romana combatida por las furiosas olas de la guerra civil; y al punto agitado yo de un mismo espectro repetía con aquel insigne Poeta:

*!O navis: referent in mare te nobis fructus!  
O quid agís? Fortiter occupa portum.*

¡Oh Perú! ¡O nave hecha, no se cómo, juguete de tantas tormentas, y salvada casi milagrosamente, ¿será posible que nuevas corrientes te arrastren otra vez al alto mar? ¡Oh ¿qué es lo que haces? Tente, tente bien aferrada dentro del Puerto!

Estos dos ejemplos dibujaban al natural las lúgubres ideas, que me atormentaban de día, y que como otros tantos eslabones de durísimo acero formaban una enorme cadena, que gravaba sobre mi pecho sin permitirme que se temple la amargada congoja con la apacibilidad y dulzura de la vida campestre.

¿Y la noche? La noche, ¡ah! quien me diera ahora tu pincel ¡oh sublime Young! Lector, seas quien fueres, si te ha cabido en suerte un corazón verdaderamente español, o un alma sensible, no te desdénas recorrer los pocos renglones que voy a formar: quizá en mi retrato, que voy a presentarte con ingenua, aunque desaliñada sensillez, reconocerás algunos rasgos del tuyo.

No siéndome posible ayer conciliar el sueño, porque mi sangre se había inflamado con las antecedentes meditaciones, abandoné mi lecho, y me fuí con paso acelerado a recostarme al pié de un viejo y robusto Terebinto, único árbol de su especie en esta Provincia. El reloj acababa de sonar las doce. La noche era muy clara y serena. Todo el campo reposaba en un profundo silencio. Sólo se oía el susurro de las hojas de los árboles movidos por los blandos soplos de un ligero vientecillo, el armonioso murmullo de un riachuelo, que serpenteaba allí cerca y tropezaba sin cesar en las menudas piedras de su ribera y el manso y momentáneo ruido de los bulliciosos peces, que saltaban azotando el agua con la cola.

También de cuando en cuando, repetía el eco del desierto el agudo ladrido de algún perro, de los muchos que mantienen estos indios. La luna que estaba en su lleno, y había llegado al zenit de su carrera blandeaba sus plateados rayos en la móvil superficie del agua de varias acequias, y hacía que toda la campiña pareciese a trechos cubierta de un blanco y terso cristal.

En una palabra, cuanto se representaba a mi vista; las sensaciones que experimentaba: y sobre todo el quieto y magnífico curso de este astro de la noche,

acompañado del numeroso y sosegado cortejo de tantas estrellas, aumentaba el delirio de mi melancolía.

En este estado solté de todo punto la rienda a mi imaginación, que con la presteza de un relámpago me trasportó luego a los lugares cercanos y remotos de esta Provincia.

Lavanté mis lánguidos ojos para contemplar el sitio donde me hallaba, y ví a lo lejos la desgraciada Ciudad de Oropesa (1), famosa antes por su comercio, por sus fábricas y talleres, y por su inmenso y alegrísimo vecindario, medio desierta ahora, y sepultada en una pavorosa quietud, semejante a la calma que precede a los grandes huracanes. Ví algo más cerca, no pocas chozas sin puertas y con el techo caído, cuyas señales daban claros indicios de que sus dueños las habían desamparado. Por último ví, que ceñían el valle por el horizonte unos pelados cerros, tras de los cuales y en una grande hondura tiene principio la espesísima montaña llamada de las Tablas, que se extiende por muchos centenares de leguas hasta las márgenes del rápido y caudaloso Marañón; y me parecía oír los lamentos y endechas de millares de Oropesanos, que andaban aún errantes por aquellas selvas sin destino ni objeto, sufriendo crueles prisiones, y privados por la ardiente hambre a luchar en cada momento con las fieras y arrebatarles los frutos silvestres del monte.

Gente mal aconsejada, les decía, como si los tuviese presente: ¿Por qué rompisteis los antiguos lazos de la unión y concordia, que te hacían feliz? Cuando obedecías a tus Jefes y Magistrados, cuando reposabas a la sombra de unas leyes justas, podías verdaderamente gloriarte de tu libertad e independenciam; por el contrario, en el aciago día en que determinastes romper el yugo de la debida obediencia y subordinación, te hicistes esclava de unos caudillos que abusaron de tu sencillez y de su poca experiencia para tiranizarte. Ellos te sacaron de tus tranquilos hogares, ellos te alucinaron con la vana esperanza de la victoria y ellos fueron los primeros que huyeron al ver tremolar las banderas del Ejército Real, y te dejaron abandonada a tu cruel suerte.

¿Mas por qué, dime, a lo menos ahora no sales de esa espesura hollada, nunca hasta hoy, o rara vez de pié humano?. No ves como el magnánimo héroe que te derrotó en el campo de batalla te convida y asegura con el pacífico ramo de olivo?.

A estas penetrantes reconvenções nada respondían aquellos miserables, teniéndoles atada la lengua, o la memoria de los pasados crímenes, o un pánico terror hijo de su genial desconfianza. Yertos y atónitos se mantuvieron mirándome de hito en hito, y luego se metieron en el bosque adelante, y desaparecieron, no de otro modo, que sucedió al piadoso Eneas con su desgraciada Dido en las márgenes del sombrío y abrasado Tártaro.

Yo quedé turbado y confuso: se me erizaba el cabello; me palpitaba el corazón como al que siente una grave pesadilla, y todo el cuerpo se me iba cubriendo de un sudor frío y pegajoso. Así estuve por más de una hora; pero al cabo me hizo volver de este peligroso deliquio un lastimero sollozo y unas angustiadas voces, que herían mis oídos desde la cabaña inmediata.

Esta sorpresa tan análoga a mi situación actual me obligó a arrastrarme como pude hasta muy cerca de la puerta. El sollozo salía del pecho de una niña, al parecer de seis u ocho años, y las voces las daba una joven de poco más de veinte. "Hija de mis entrañas, (decía la joven a la hija, estrechamente abrazada), no, no se te ha aparecido el alma de tu padre. Este es sueño, yo lo conocí y por eso te desperté. No llores, hija mía, que me partes el corazón. Tu padre vive y está escondido con otros de esta desgraciada aldea. Yo espero que Dios me lo volverá antes que llégué la hora de mi parto. Ruégaselo hija mía, tú que todavía te conservas pura e inocente. Este buen Dios es quien nos ha enviado a nuestro valle al amante Pastor, que de acuerdo con el Gobierno se desvela en suavizar nuestras

(1) Cochabamba.

penas, y desvanecer nuestros temores. Tu padre fué engañado, pero ya reconoce y confiesa su yerro: ojalá hija mía ojalá, que los que lo arrancaron de mis brazos no hubieran asomado nunca por estos umbrales”.

Estas razones eran interrumpidas a cada palabra por las lágrimas que la tierna madre derramaba sobre el rostro de su hija.

Apenas se acabó tan patética plática, reanimé yo mi casi perdido aliento; me puse de rodillas, y no teniendo otros testigos que las estrellas que iban apagando poco a poco su luz con la venida de la mañana, dirigí al Omnipotente una humilde oración, pidiéndole se digne admitir los votos de aquella rústica y afligida familia; enviase un viento favorable, y diese un pasaje feliz al barco que nos conduce de Cádiz la deseada Constitución Política, que ha de restablecer la amable concordia en una y otra América; y llene de bendiciones a los Jefes de Lima y México y a los intrépidos Generales del Ejército Real, a quienes debemos todos el no haber naufragado en tan deshecha tormenta.

Diciendo esto, ya la aurora empezaba a dorar las cumbres más elevadas de la cordillera, y los indios a bullir delante de sus chozas. Alcéme en pie, y sin ser visto de nadie me volví a mi quinta.

## NOCHE SEGUNDA

*Ne pueri, ne tanta animis assuescite bella  
Neu patriae validas in viscera vertitè vires.*

¡Oh sueño!, tú solías a esta hora cerrar blandamente mis ojos. Tú venías a bañar con piadoso licor mi fatigado pensamiento y mi despedazado corazón. Y al presente huyes de mí, me abandonas, o si recibes en tus brazos mis enflaquecidos miembros, es para darme mayor congoja con los fantasmas y espectros, que presentas a mi imaginación. ¡De esa manera me atormenta y oprime aquello mismo con que otros afligidos descansan y cobran nuevo aliento!

Esto decía yo en voz baja, para no ser sentido de mi familia, y saliendo al campo me dirigía al solitario lugar donde había pasado la noche antecedente. Inquieto y distraído tropezaba a cada paso, por que la mucha lluvia de aquella tarde había puesto el suelo sobre manera lodoso y resbaladizo. Llegué finalmente, y me senté sobre una alta piedra que estaba allí para ser mojón entre dos haciendas.

Había cesado la violencia de la tempestad, quedando sembrado el azul celeste de la atmósfera de algunos negros y densos celajes que de rato en rato eclipsaban a la Luna, y tendían un oscuro manto sobre el silencioso bosque. Pero por el occidente se descubrían aún a lo lejos las majestuosas nubes de la pasada tormenta, cuyas enormes masas amontonadas sin orden en el horizonte ofrecían una pavorosa imagen de ruina y desolación, como si algún súbito y extraordinario terremoto hubiese desgajado las cumbres de la cordillera, y las hubiese lanzado a gran distancia, unas encima de otras. Mil relámpagos serpenteaban por aquel lado de donde salían a veces un confuso y prolongado ruido que hacía estremecer todo el desierto.

Otro espectáculo semejante sugirió a Platón, la idea de la naturaleza que desenvolviéndose del antiguo caos, producía progresivamente todos los seres sensibles. Y habiendo con tan bella ocasión tomado asiento en el pórtico del templo de Minerva, situado sobre la orilla del mar Egeo, en la punta del cabo Sumsum, explicaba a sus discípulos cómo se habían disipado las primitivas tinieblas; cómo se habían separado y pacificado los cuatro elementos, que antes habían permanecido mezclados y en una continua lucha; y cómo se había poblado el firmamento de infinitas y brillantes estrellas y la tierra de toda suerte de plantas y animales.

Mas a mí, que estaba como enterrado al pie de estos nevados Andes, a mí que después de haber sido testigo de tantos horrores y destrozos apenas podía sostener

mi débil existencia; a mí, que no tenía entonces otra compañía que la de las pálidas sombras de la noche; a mí, repito, una igual escena me inspiraba pensamientos muy diversos. La tormenta, el rayo, el trueno, el feo cariz del horizonte, la soledad de los cerros y quebradas, y la oscuridad de aquella tenebrosa noche, eran los colores con que mi imaginación delineaba el bosquejo de este vasto y desgraciado continente agitado por las desoladoras convulsiones de la guerra civil.

Se me figuraba ver inmensas columnas de humo y polvo, que levantándose de todos los puntos en donde se había dado alguna batalla, se extendían por sobre las ciudades, villas y aldeas de esta América, y las llenaban de sobresalto y confusión. Me hería a cada momento el horrible estallido del cañón, del mortero o del obús; el lamentable sollozo de las víctimas, que mordían el suelo nadando en su propia sangre; y la amenazadora gritaría y algazara de los vencedores.

Distinguía a los opuestos ejércitos, que a marchas redobladas se adelantaban por las encumbradas montañas y peligrosos desfiladeros. A unos daba brío y denuedo el celo de la Religión, y el ardiente deseo de vengar a su cautivo y ultrajado Monarca. A otros enfurecía y cegaba el ridículo entusiasmo de la mal entendida independencia y libertad. Pero tanto éstos, como aquéllos, iban resueltos a desplegar todos los recursos del funesto arte de la guerra, antes que ceder. Por último, me parecía percibir cerca de mí el marcial ruido de las cajas, el sonido del clarín, el relinchar y pisotear de los caballos, y el áspero y continuado chirrío de las cureñas.

Y aunque aplaudía el valor y constancia de las leales tropas del rey, y la pericia y firmeza de los intrépidos Generales; y aunque contemplándolos favorecidos del cielo, no dudaba que se declararía por ellos la victoria, sin embargo, exclamaba con inexplicable amargura. ¡Oh revolución! ¡Oh pésima y detestable furia vomitada por el averno! con qué genio enemigo de tu decoro y reposo ha sonado de repente en tus deliciosas y quietas campiñas la trompeta de la discordia?

¿Por qué, por qué, oh preciosa parte de la gran nación, despedazas tan inhumanamente tus propias entrañas?

Abundante de exquisitos frutos que produce este privilegiado suelo, depositaria de los inmensos tesoros que encierran en sus venas estos cerros, separada por uno y otro océano de las naciones del viejo continente, y sólo unida con tu digna y amante metrópoli, de nada necesitabas, nada te faltaba, y mientras casi todos los pueblos del mundo luchaban día y noche contra el tirano opresor, o arrastraban como viles esclavos sus cadenas, tú descansabas en una profunda paz. ¿A qué fin pues has recordado de tan tranquilo y envidiable sueño? Has despertado es verdad, pero únicamente para debilitarte, y para entregarte a un delirio, a una locura y frenesí que rinde, que consume y aniquila tus fuerzas, y que en breve te dejará del todo postrada y abatida.

¿Qué es lo que pretendes? ¿Deseas libertad?, igualdad, independencia? No me opongo. Este sublime sentimiento es propio de un alma grande. Mas para lograr tan inestimables bienes, no, no es menester que tus moradores desenvainen las espadas y se degüellen unos a otros.

La verdadera libertad consiste en que cada uno pueda disponer de su persona y de sus bienes.

### NOCHE TERCERA

*O terque, quaterque beati  
Queis ante ora patrum, Troiae sub moenibus  
altis contigit appetere!*

Al retirarse mis criados esta noche, había tomado no sé porqué, de encima de la mesa la Tebaida de Racine. No era ciertamente mi ánimo leerla, pues el deli-

rio de la imaginación, y un largo desvanecimiento me habían turbado el sentido. Sin embargo el título del drama, y la lámina en que están pintados muy al vivo los dos hermanos enemigos, que se traspasaban mutuamente con las espadas, llamó mi enagenada atención.

Luego me interesó el carácter de Yocastas, madre y esposa en extremo infeliz, y la bella y sensible Antígona digna de mejor suerte. Y poco a poco se apoderaron de mí, de tal modo, el terror y la comprensión, que no haciendo alto en la inexactitud y desorden del poema, lo recorrí todo de un cabo a otro sin tomar resuello o suspender por un instante la comenzada lectura.

Mas al acabarse ésta, y al llegar a la última escena, en que el ambicioso, el desnaturalizado Creón, viendo cuán inútilmente había encendido entre sus paisanos la infernal tea de la guerra civil, y las calamidades irreparables en que había sumergido a su propia Patria, se entrega a todo el furor del amargo despecho, y la rabia de un tardío y vano arrepentimiento; al concluir esta escena repito, me sentí cargada sobre manera la cabeza, y despedazado el corazón. Y así como aquel infame Príncipe, horrorizado de tantos crímenes, cae desmayado en los brazos de sus guardias, así yo me quedé yerto y aletargado en esta silla....

Mas, ¿si será ya de día?... lo será sin duda; pues según el entorpecimiento que siento en todos mis miembros, habré dormido mucho contra mi costumbre.... Pero nadie se bulle en la vivienda inmediata; no se oye aún sobre este rústico techo el canto de ningún pájaro; la débil luz que entra por las rendijas de esta ventana frontera, podría enviarla a este desamparado albergue el quieto astro de la noche.... Así es, así es en efecto, todo reposa, todo duerme aún en el campo. La luna acaba de ocultarse detrás de estos cerros, y aún se divisan en las cumbres, algunos de sus últimos rayos. Aún aparecen en el firmamento las dos manchas del sur, y las estrellas acercándose lentamente a su ocaso, brillan todavía en el azul celeste....

El reloj va a sonar.... las dos!.... ah! todavía faltan tres horas para que los primeros albos de la mañana empiecen a levantar el negro velo, que cubre a este valle.... ¡Oh solitario Teberinto! ¡Oh silenciosa y retirada ribera! ¡Oh únicos y fieles depositarios de mis sollozos, vedme aquí que vengo a esconderme otra vez en este sosegado asilo!

Acuérdome que en otro tiempo, cuando moraba en la industriosa y amena Lacetania, (2) espiaba esta misma hora para salir al campo, no a romper el aire como al presente con penetrantes gemidos, sino a divertirme con algunos compañeros sorprendiendo a las incautas y simples avecillas. Buscábamos un apartado bosque y allí sin hacer rumor, colgábamos de sus frondosos robles o encinas una sutil y verde red, y antes que amaneciese del todo, sacudíamos con grande algazara las altas ramas y los humildes arbustos. Despertaban de sobresalto los pintados y parleros pajarillos, y atolondrados volaban sin saber adónde; caían y se enredaban en el lazo que les teníamos prevenido, y nosotros recogiendo la deseada presa, nos volvíamos contentos y gozosos a nuestras casas. Estos eran los inocentes deleites en que entonces solía sorprenderme la aurora. Y al presente me halla aquí, siempre sentado sobre esta tosca piedra, solo, fatigado y envuelto en mis fúnebres meditaciones....!

¡Oh acervísimo recuerdo! ¡Oh venerable y amada Lacetania! ¡Oh dulces compañeros!

Una guerra devastadora y cruel os ha puesto en una situación bien semejantes a la mía. Esos campos que todos los años se cubrían de doradas mieses, los veis ahora cubiertos de fríos y corrompidos cadáveres. Esas hermosas viñas que por Otoño hallábais siempre agobiadas con el peso del sazonado y delicado fruto, las veis ahora abandonadas, secas y holladas.

Y esos coposos olivares, que formaban dilatadas y riquísimas selvas, los veis

(2) Parte de la Provincia Tarraconense, hoy Cataluña.

ahora talados y entregados a las llamas. La guerra pasea, tiempo ha, su desastroso carro por esas envidiables vegas, y ha hecho desaparecer de ellas la antigua fertilidad y abundancia. El labrador robusto y afanado ya no las fecunda con el sudor de su rostro, ni el sencillo pastor lleva sus ovejas a pacer en los collados inmediatos. Uno y otro se han retirado a los lugares fuertes, y uno y otro han arrimado la hoz, el cayado y la verja, y se han ceñido la espada para defender a la patria, que invocaba su auxilio.

¡Oh Lacetania valiente e impávida en medio de tantas ruinas! ¡Apenas habrá en tu pobladísimo recinto, Ciudad, Villa, o Aldea debajo de cuyas murallas no se haya dado en estos tres años algún obstinado y sangriento combate! Oh dulces compañeros y amigos, vuelvo a repetir; aunque nos separa un espacio de más de tres mil leguas, vuelvo incesantemente hacia vosotros con el pensamiento desde las melancólicas márgenes de este humilde y olvidado arroyo. Y cuando la callada noche extiende como ahora sus oscuras alas sobre las llanuras y montañas, me parece que os veo salir de vuestras tiendas para alentar a un padre decrepito o a una desolada madre, que con dilatada ausencia presente las inexplicables angustias de la orfandad. Otras veces miro cómo os encamináis a las márgenes del caudaloso y manso Sicoris, (3) cuyas cristalinas aguas bañan muchos de los sepulcros de nuestros parientes y bienhechores, que murieron gloriosamente en la última campaña, inmolando antes a la Patria, un sin número de pérfidos franceses; y reparo cómo, al llegar a unos sitios tan famosos en los Anales de la República Romana, y en los fastos de nuestra nación, esparcís algunas flores, y muchas ramas de ciprés y adelfa sobre las cenizas de aquellos, humedeciéndolos con vuestras lágrimas.

Y luego de haber cumplido con estos tiernos deberes de la piedad y gratitud, os volvéis con paso acelerado, antes que las cajas suenen en vuestro campamento la señal de la diana. ¡Ay, quién me diera ahora el poder unir mi suerte a la vuestra!; vosotros y yo nos hallamos, es verdad, en un país asolado por la guerra. Pero, ¡qué diferencia! Ahí todos nuestros paisanos pelean en compañía de vosotros por defender la divina religión de nuestros mayores, y por romper las cadenas de nuestro desgraciado Monarca; aquí muchísimos de los que se llaman españoles, semejantes a aquellos bárbaros de la antigüedad que entraban en las batallas con los ojos vendados, levantan tropas, forman motines y revoluciones y se degüellan unos a otros, sin más motivo ni interés que el de correr tras la funesta sombra de una imaginaria independencia y libertad, que huye de ellos y los deja lastimosamente burlados.

Ahí las esforzadas tropas del rey, no encuentran otros obstáculos que vencer, sino los que les opone un tirano astuto y feroz; aquí el ejército Real tiene que disputar a palmos el terreno, a unos ingratos y desleales.

Ahí se arrostran con gusto todos los peligros, y el fiel súbdito de Fernando entra con serenidad en los más arriesgados lances, porque sabe que sus bríos le llevan a exterminar a los infames rivales de nuestra nación; aquí el magnánimo militar empuña, no sin repugnancia la espada o enristra la lanza, sintiendo verse en la dura necesidad de clavarla en el corazón de otro español.

¿Qué más? Ahí se reúnen todos los brazos para rechazar a un enemigo de fuera, y todos los ciudadanos arden en las puras llamas de una justa y santa venganza; aquí arde la diabólica hoguera de la guerra intestina y civil, bullen los campos y los despoblados en impías y crueles parcialidades; los que pertenecen a una misma familia, los que profesan un mismo culto, los que hablan un mismo idioma, se dan mutuamente nombres odiosos: se arma el padre contra el hijo, el hermano derriba al hermano, el amigo acecha al amigo, y la joven esposa desdeñándose de tener sujeto el cuello a un yugo que antes de la revolución le parecía muy suave, prepara en secreto el veneno contra su joven marido.

(3). Sicoris nombre dado en la antigüedad al río Segre.

Por último, la España saldrá triunfante de tan tenaz lucha, ahuyentará de su sagrado suelo esas profanas huestes, que tan indignamente la han hollado, las arrojará más allá de los Pirineos y renaciendo alegre y vigorosa de entre sus cenizas, entonará al Omnipotente festivos himnos de acción de gracias, y celebrará sus victorias con melodiosos cánticos, que después de muchos siglos se repetirán aún con entusiasmo en nuestros Congresos Nacionales.

Pero aquí en el Alto Perú, ¿qué himnos compondremos, o qué poemas cantaremos, que no estén llenos de lastimeras memorias, y que a cada cláusula no respiren en profundísimos ayes y tristísimas endechas, el llanto y la compasión?

El ejército real tiene aquí sus héroes no menos que en la Península, el cielo lo protege y la victoria lo sigue en todas sus jornadas.

Mas este ejército modesto y católico se horroriza de los mismos laureles que coge con tanta abundancia, viéndolos teñidos de sangre española, que él quisiera peder ahorrar. Cunde entre tanto la guerra civil, la América se destruye empleando contra sí misma, sus propias fuerzas; los caudillos de la revolución no se cansan de engañar a los pueblos y de soplar en el infausto volcán, que encendió tres años ha la orgullosa Buenos Aires, de donde saltaron muy en breve a esta serranía las ardientes centellas, que ahora la abrasan y consumen.

Cuando considero todo esto, oh amados paisanos y dulces compañeros de los fugaces e inocentes deleites de mi infancia y juventud, cuando considero todo esto aunque os contemplo todavía rodeados de grande peligros, envidio no obstante vuestra suerte. Sí, la envidio y os coloco a vosotros en el número de los dichosos, y a mí en el de los desgraciados e infelices.

Nunca hubiera yo puesto fin al llanto, si no llegaran a mis oídos las melancólicas ondulaciones de la campana de una vecina Recoleta, que con tierna y pausada voz convidaba a aquellos solitarios a dejar su pobre lecho, y a alabar al benéfico autor de la naturaleza junto con el lucero de la mañana. Entonces recordando, como de un sueño, me levanté de mi asiento y fijando los ojos en el templo, cuya torre ya empezaba a descubrirse a lo lejos...; ¡Oh soberano Rey y Señor, exclamé, Tú que sentado en un brillante y tranquilo trono miras los insanos y necios movimientos que agitan a esta desgraciada porción de tu heredad, envíanos pronto desde el Empíreo un ángel que aplaque tan horrible tormenta! Dios de paz, dignate de enfrenar la guerra civil que nos devora. Reúne, oh Dios clemente de nuestros padres, reúne a todos los peruanos debajo de las banderas de la Religión y de la fidelidad. No permitas que la impía discordia blandee por más tiempo en medio de tu pueblo su funesta tea. Y manda, esa sangrienta furia, que se despeñe otra vez en la lóbrega y profundísima caverna de donde Tú la dejastes salir para nuestro escarmiento y castigo.

#### NOCHE CUARTA. 25 DE DICIEMBRE DE 1812

¡Qué noche tan sosegada y apacible! Un blando céfiro arrulla los arbustos de la vecina ribera y con suave susurro mueve las tiernas y apiñadas ramas de este terebinto. El fresco soplo que respira tan delicioso vientecillo ha disipado el grande bochorno en que ardía poco ha todo el valle. Las emanaciones de las muchas plantas aromáticas de la cordillera inundan el aire de fragancia. Y el rocío que humedece estas hojas parece formado de gotas de néctar y ambrosia... Las estrellas brillan en el firmamento con extraordinaria claridad: han huído las nubes y no queda celaje alguno que manche la hermosura del azul celeste... Oh, toda la naturaleza parece que se reanima en esta noche. Las aguas de este río corren ya magistuosamente dentro de su cauce no turbias y cenagosas como antes sino puras y cristalinas. La cercana fuente parece que se ha enriquecido sobremanera, pues contra su costumbre se precipita de lo alto sobre una peña y produce un son en extremo ar-

monioso. A la melodía de esta agradable música despiertan los pintados jilguerillos y levantando su pequeño pico de entre la espesura, se deshacen en dulces gorjeos y se apresuran a saludar.... A saludar, ¿a quién? pues según reparo la aurora está todavía muy lejos de nuestro horizonte....

¿Qué es esto? ¿Duermo o estoy velando? ¿Por qué me palpita el corazón?, ¿Por qué la sangre circula con tanta violencia dentro de mis venas? ¿Por qué en el momento mismo en que el reloj da las doce, siento humedecerse mis ojos y saltar dos hilos de lágrimas? ¿Siento enternecer mi pecho y penetrarse de un inexplicable gozo, mezclado de pasmo y de pavor? Y tú, oh terebinto, ¿por qué abates ahora tu frondosa copa? y vosotros, oh árboles de esos cerros, por qué tan de repente os inclináis? Oh Dios, ¿qué significan estos nuevos prodigios, qué querrá decir este insólito movimiento en el cielo y en la tierra?

Ah, cese, cese mi asombro. Oh noche clarísima, oh feliz y bienaventurada noche. Oh noche de quien está escrito tantos siglos hace que *serías alumbrada como el día*. Inocentes y agradecidas criaturas, ya, ya entiendo vuestro elocuente lenguaje. Ya conozco que en este momento se deja ver sobre la tierra aquel divino parvulito, profetizado tantas veces por los antiguos oráculos y descrito con tan vivos colores por Isaías. Ya observo cómo en este momento una purísima doncella fecundizada sin menoscabo de su virginidad por el Espíritu Santo, reclina encima de las pobres pajas de un pesebre a aquel chiquito que ha nacido para nosotros y aquel tierno hijo que se ha dado a nosotros. Parvulito, chiquito, niño delicado, es verdad pero al mismo tiempo príncipe de paz, padre del siglo venidero, consejero admirable e infinitamente sabio santo, fuerte, inmortal, verdadero Dios así como verdadero hombre, hijo de un Padre omnipotente no menos que de una humilde artesana. Tan estupendo espectáculo ha hecho caer la vendá que tenía sobre los ojos interiores del alma. Ahora comprendo, oh inocentes y agradecidas criaturas el justísimo motivo de vuestro júbilo y alborozo. Cada una de vosotras quiere a porfía publicar la gloria de su Criador que ha descendido del cielo y juntas os esforzáis a levantar el velo que lo cubre y con voz muy enérgica y solo no oída de los hombres ingratos y ensordecidos le ofrecéis en esta noche el debido tributo de honor, de respeto y de alabanza.

En efecto, las estrellas resplandecen hoy más que en ninguna otra noche, dando a entender que el niño recién parido en el abandonado portal de Belén, es la luz que brilla en medio de las tinieblas, es la luz de las naciones infieles, la luz cuyos penetrantes rasgos ahuyentarán en breve las negras sombras de la gentilidad. Los árboles se inclinan y lo acatan en señal de que este niño es el mismo que con el aliento de sus labios estremece las selvas, trastorna los más elevados cedros y derriba con recio estruendo los peñascos de las montañas. El río y la fuente envían a mis oídos tan halagüeño murmullo, aquel serpenteando por la quebrada y ésta cayendo sobre una piedra como regocijándose de que un día éste esclarecido infante comunicará a las aguas con el contacto de su cuerpo una virtud sobrenatural y como avisando a los soñolientos y descaecidos hijos del viejo Adán, que un día sacarán aguas con gozo de las fuentes de este oculto Salvador.

¿Qué más? El copioso rocío embalsama la atmósfera con exquisitos perfumes, como atestiguando que en esta noche ha bañado la tierra otra lluvia y otro rocío incomparablemente más saludable y precioso: aquel rocío que tanto apetecían los primitivos patriarcas, cuando clamaban: Cleos, envidad rocío de lo alto y las nubes lluevan al Justo. Por último, tú, fresco cefirillo, recreas al abrasado desierto y agitas blandamente las movibles hojas de estos árboles, ya para denotar que el Señor pasa ahora a *manera del silbo de un vientecillo suave*, ya también para declarar que este niño en quien descansa el espíritu de Dios, cuando llegare a la edad varonil, no dará gritos ni será oída de afuera su voz, no será turbulenta, no quebrantará la caña cascada ni apagará la torcida que humea.

Y vosotras, simples avecillas, ¿por qué, pregunto, por qué tan pronto habéis sa-

cudido el sueño, porque tan a deshora alegráis con cadenciosos trinos la soledad y el silencio de esta santísima noche? Ah, sin duda, porque os hieren al presente otros albos y otros rayos muy distintos de los que estabais acostumbrados a saludar todas las mañanas; rayos y albos que anuncian el nacimiento de aquel agradísimo sol de justicia que nunca se eclipsará o apagará.

Estas reflexiones me tuvieron largo rato dulcemente enagenado, sin poder no obstante desterrar de mi espíritu aquella profunda impresión de melancolía que me va consumiendo. Más ha de diez y ocho siglos, me decía a mi mismo, más ha de diez y ocho siglos que se renuevan cada año los mismos prodigios. Pero en cuán diferente situación se hallaba el mundo, cuando María y José se encaminaron en esta misteriosa noche a la pequeña ciudad de David, a empadronarse como los demás de su familia y cuando sobrecogida la Virgen de un feliz y milagroso alumbramiento, se refugió en una desamparada y retirada cueva. Entonces un gran monarca, habiendo puesto fin a las sediciones y guerras civiles y cansado de derramar la sangre de sus semejantes, acababa de echar los cimientos de su vastísimo y tranquilísimo imperio: ahora un feroz tirano se afana por establecer el suyo sobre las ruinas de todos los tronos y unas veces con las armas y otras con la seducción siembra en todos los pueblos la desoladora discordia. Entonces Roma cerró el templo de Jano, las naciones más distantes se estrecharon entre si con los lazos de la libre navegación y comercio y de una recíproca y sincera benevolencia: ahora, por el contrario, todos los mares están cubiertos de escuadras que se buscan unas a otras para destruirse, los ejércitos enemigos talan todas las provincias, desmaya la agricultura, han dejado de fomentarse las artes que daban vida al giro interior y exterior y casi en todas partes se oye o el espantoso y acelerado clamor de la campana que toca a rebato o la tristísima trompeta de la proscripción. Finalmente, entonces el mundo reposaba en una inalterable paz y ahora, en nuestros infaustísimos días, brama el mundo como un furioso volcán, verificándose a la letra aquella célebre profecía: de que el pueblo se arrojaría con violencia hombre contra hombre y cada uno contra su vecino; se levantaría el joven contra el viejo y el plebeyo contra el noble; se iría arruinando Jerusalén y Judá caería.

Y entre tanta confusión, entre tantos sustos, peligros y desgracias, ay, ¿podremos acaso cantar con sosiego los cánticos del Señor? ¿podremos entregarnos a las celestiales emociones que inspiran a todos los cristianos esta sagrada noche? ¿podremos no imitar a aquellos desgraciados cautivos, que, sentados a las márgenes de los ríos de Babilonia y vertiendo un mar de lágrimas colgaban en los sauces sus cítaras? Ay, cómo, cómo será posible que... No pudiendo articular más palabras, creí morir en los brazos de un agudísimo dolor.

Mas al propio tiempo bajó de la cumbre de la cordillera un robusto y hermoso varón y poniéndose a mi lado con la celeridad de una saeta despedida del arco, velas, me dijo, o afligido Eulogio, velas y mientras tantos otros yacen aletargados en sus brutales deleites, tú engólfate en las purísimas y sublimes meditaciones a que te convida y conduce esta privilegiada noche. ¿Oyes el dulcísimo concierto que resuena por los aires? Pues esta admirable melodía, no, no proviene del movimiento armónico y compasado de las esferas que ruedan sobre tu cabeza sino de innumerables coros de ángeles que revolotean alrededor del pesebre de Belén (4).

---

(4). Hasta aquí llega la transcripción hecha en **El Verdadero Peruano**. Como no hemos podido hallar en Lima los números siguientes, ignoramos si el autor continúa o se interrumpe aquí el texto.